

LOS MACHADO Y EL GUADALQUIVIR (*)

Por JOSE CHAMORRO LOZANO
Consejero del Instituto de Estudios Giennenses

I

GUADALQUIVIR Y POESIA

¿QUE misterioso trasfondo tiene este río Guadalquivir que es motivo y es imagen de la figura poética? Esto es difícil de explicar. El río está ahí plantado, gallardo y suave a la vez, retozón y patriarcal en su vario cauce, con una pervivencia milenaria y con una gracia permanente que se hace cantarina endecha entre los riscos de su nacimiento y salada claridad en el flujo y reflujo de sus mareas allá por los arenales de Sanlúcar. El Guadalquivir está en esa línea de hondura misteriosa que desdibuja toda la raíz de Andalucía y en la que cuanto más se mira menos se vé y a la que sólo penetran los poetas con su gracia impalpable nutrida quizás de las mismas esencias, abrevadas en los mismos veneros, llevadas en cauce por esos cíngulos amorosos que ciñen a musas incorpóreas de formas exquisitas que se recrean en una belleza difusa pero cierta, ingrávida, quizás acusada con perfiles de ritmo y con estremecimientos sensitivos que calibran la existencia en su alma de resonancias infinitas. El Guadalquivir quisiéramos definirlo como la concreción física de Andalucía, la savia que puebla de aromas y de colores sus tierras —grasas y ubérrimas, en la expresión de Ortega— y configura un paisaje. Pero el Guadalquivir, como parte importante de la sustancia de Andalucía, tiene «ángel» y esa gracia indefinida no hay esquemas técnicos que la puedan aprehender. Eso hay que conseguirlo por otros caminos y esos caminos están alfom-

(*) Trabajo premiado en la "Fiesta de la Poesía" del Instituto de Estudios Giennenses, celebrada en Cazorla el día 10 de junio de 1960.

brados de rosas. Esos caminos están reservados a los poetas, a los artistas de sensibilidad exquisita y de ánimo templado para la recepción de misteriosos efluvios que manan de esas mil cosas fútiles en apariencia y que en nuestra tierra tienen un valor extraordinario.

La realidad de Andalucía es, para entenderla, una temblorosa realidad. Ungida de olivares y floreada de coplas. Sobre todo, de coplas. No se equivocó mucho aquel poeta de

*Quien dijo cantares
Dijo Andalucía.*

porque en la copla tiene Andalucía su más fiel versión, en la que asoma algo su esencia, su enorme vibración de sentimientos y de pasiones tan exquisitamente elaborados y mantenidos con una co-reosa vitalidad racial que no desprecia nada de su mundo exterior pero que lo encauza con sus permanentes vivencias sapientísimas. En el andaluz hay una conformación telúrica del hombre y el paisaje, del hombre y la tierra. No hace falta mucha penetración para ver esta realidad. Chateaubriand nos dice que al llegar los cien mil hijos de San Luis a la divisoria de Sierra Morena y descubrir súbitamente la campiña andaluza, les produjo tal efecto el espectáculo que espontáneamente los batallones presentaron armas a esta tierra maravillosa. Y el hombre está inmerso en el paisaje no con la determinante panteista de su impronta absoluta, sino en un agradable trasvase de personalidad y fuerza vegetativa que es equilibrio y es belleza. Lógico, por tanto, que el poeta se asome a este mundo maravilloso en el que como dice un ensayista moderno hay un goce vegetal paradisíaco, mínimo quizás en la escala de las apetencias humanas, pero sin discontinuidad; ese gozo de tener su follaje bajo el baño térmico del sol, de mecer sus ramas al viento blando, de refrescar su médula con la lluvia pasajera, esa fruición que extrae el andaluz de su clima, de su cielo, de sus mañanitas azules, de sus crepúsculos dorados. El goce máximo de un gran poeta andaluz era el de los atardeceres crepusculares en la orilla del Guadalquivir; Gustavo Adolfo encontró, junto al río, entre las frondas de la Alameda Vieja de Sevilla, ese equilibrio perdurable que recortaba sus éxtasis y sus desbordamientos literarios con una exquisita dulzura y con un realismo vital que le mece en suavidades armoniosas como

el murmullo de las ondas en la margen que conduce al convento de San Jerónimo, punteado el río por las delgadas sombras de los álamos que en sus desleimientos reflejos parecen envolver al Guadalquivir que se escapa, en un ánfora de cristal.

Hemos de concretar este estudio a dos poetas que fueron expresión de todo lo que es Andalucía: en su raíz y en su epidermis. Pero en este motivo bello de su estampa geográfica hay antecedentes y consecuentes que nos permitirán enjuiciar mejor la obra de estos sevillanos y con un rápido escarceo de lo que el Guadalquivir ha significado en la poesía, de cómo ha ido llenando de imágenes de un mundo sensible la visión de este río por calificados poetas que gozaron del encanto de sus aguas.

Junto a él acamparon las legiones romanas y se levantaron ciudades importantes. En la Bética hicieron alto las empresas romanizadoras y tomaron asiento civilizador. Un gran poeta como Valerio Marcial dejó sus composiciones festivas para entonar un himno entusiasta:

*”Boetis olivifera crinem redimite corona
aurea qui nitidis vellera tingis aquis...”*

(«Oh Betis, cuya frente se corona de ricos olivares; cuyas aguas de límpida pureza dan su tinte dorado a los vellones de tus márgenes...»)

Y son los árabes, los enamorados del agua, los que cantan con delectación y fantasía, como el rey Mutadid diciendo que

”El jardín —donde el río parece una mano blanca extendida sobre una túnica verde—”

y evoca imágenes de su vida:

”¡Cuántas noches pasé deliciosamente junto a un recodo del río con una doncella cuya pulsera emula la curva de la corriente!”.

Abu —I— Quasim Al-Manisi dice así:

”La mano de los vientos realiza finos trabajos de orfebre en el río, ondulado en mil arrugas”.

El judío Ben Sahl, le canta también en una conocida estrofa:

”No es de extrañar que estas tropas se alzarán contra el río, cuando le vieron vestido con la cota de mallas que le forjan los vientos al arrugar sus aguas”.

Y otro poeta árabe, Ben Safar Al-Marini dice también:

“El céfiro rasgó la túnica del río, al volar sobre él, y el río se desbordó por sus márgenes para perseguirlo y tomar venganza”.

Los poetas castellanos también le dedican endechas celebradas. Tal es el soñador y descriptivo Jorge Manrique, en sus versos:

*¿Qué es de Valencia y sus huertas?
¿Y Murcia y Játiva, hermanas?
¿Y Jaén?
¿Qué es de Córdoba en el día,
donde las ciencias hallaban
noble asiento,
do las artes a porfía
para su gloria se afanaban?
¿Y Sevilla y la ribera
que el Betis fecundo baña
tan florida?*

Jerónimo de Avendaño tiene un bello soneto, del siglo XVI que se lee en la primera edición de la «Aminta» de Juan de Jáuregui y del que no queremos privar al lector de este comienzo alusivo:

*Deje del claro Betis las amenas
orillas el tratante codicioso...*

Don Francisco de Quevedo y Villegas nos dejó aquella célebre composición que empieza así:

*Naces, Guadalquivir. de fuente pura,
donde tus cristales, leve el vuelo,
se retuerce corriente por el suelo,
después que se arrojó por peña dura.*

Don Luis de Góngora le llama el «Gran Río» en muchas composiciones, de las que entresacamos este soneto:

*Rey de los otros, río caudaloso
que, en fama claro, en ondas cristalino,
tosca guirnalda de robusto pino
ciñe tu frente, tu cabello undoso;
pues, dejando tu nido cavernoso*

*de Segura en el monte más vecino,
por el suelo andaluz tu real camino,
tuerces soberbio, raudo y espumoso,
a mí, que de tus fértiles orillas
piso, aunque ilustremente enamorado,
la noble arena con humilde planta,
dime si, entre las rubias pastorcillas,
has visto que en tus aguas se ha mirado
beldad cual la de Clori o gracia tanta.*

Y otro verso que por su hermosura merece los honores de esta breve antología:

*Baja recién nacido
Guadalquivir, y llega tan cansado,
que le ve encanecido
en su niñez el prado,
con la espuma que hace y con la nieve,
por duros cerros resbalando leve.*

Tampoco podemos sustraernos a estos versos de Francisco de Rioja que dice así:

*Dejémoslo pasar como a la fiera
corriente del gran Betis, cuando airado
dilata hasta los montes su ribera.*

Poesía hicieron del Guadalquivir Lope de Vega en sus obras «Arenal de Sevilla» y «La estrella de Sevilla»; y Tirso de Molina en «El burlador de Sevilla», y los románticos como el duque de Rivas en «Don Alvaro o la fuerza del sino», José Zorrilla con «Don Juan Tenorio», Gustavo Adolfo Bécquer con «La venta de los gatos» y el máximo poeta francés del Romanticismo, Víctor Hugo, cautivado por ese encanto del río al pasar por las ciudades andaluzas, cantándolo de este modo:

*Cordue aux maisons vieilles
a sa mosquée, ou l'oeil se perd dans les merveilles.*

Y en los poetas modernos el río despierta también ecos vibrantes y apasionados. Es Federico García Lorca el que hace cabalgar a los jinetes de su tragedia campera con estos versos:

*Jaca negra, luna grande
y aceituna en mi alforja.
Aunque sepa los caminos,
yo nunca llegaré a Córdoba...
Córdoba,
lejana y sola.*

Rafael Láinez Alcalá, nacido en tierras del alto Guadalquivir, le ha cantado con muchos versos, todos ellos de gran inspiración y delicado ritmo. Valga este sólo, de un romance pleno de cadencias:

*Guadalquivir temprano,
mozo de ardida arrogancia,
sonríe, niño, en Cazorla,
en Ubeda se engalana
con las chorreras de surcos
que en sus lomas se desgajan,
en Baeza y en Andújar
sueña, rememora y canta;
y ya con garbo de río,
lleno de experiencia y gracia,
hacia Córdoba camina
soñando en sus tierras altas.*

II

IMPRONTA EN DOS POETAS ANDALUCES

Nacieron en Sevilla dos poetas. Dos fechas y dos nombres. 29 de agosto de 1874 y 26 de julio de 1875. Era entonces una ciudad ideal. La de un pot-romanticismo todavía no extinguido, con rumores de frondas que parecen traer los versos melancólicos de las rimas de Bécquer o los contenidos lamentos de sus leyendas fantásticas. Cada uno de los nacimientos parece predestinar a los dos elegidos: Manuel Machado, ve la luz clara y ardiente del verano sevillano en un populoso barrio, el de la Magdalena, bullicioso y jaranero, aledaño a la iglesia de San Jacinto de hondo sabor cofradiero, como signo de lo que había de ser su andalucismo pimpante y colorista. Antonio Machado abre sus ojos a la tamizada luz de un jardín, aquel «huerto claro

donde madura un limonero», del aristocrático palacio de Dueñas, con un símbolo de su claridad expresiva y de su aristocrática finura poética. Los dos andaluces de pura cepa con la impronta en el alma de la ciudad espléndida y señorial, aristocrática y popular, llena de esa contenida vitalidad que es el mejor escorzo de su gracia. Es natural que los Machado adentraran en su alma observadora de niños todas esas misteriosas vivencias de aquel tiempo y las guardaran con la fuerza vigorosa de la impresión primera. No se les irá nunca de la imaginación la vida aquella de su niñez, placentera y señorial, de una ciudad que mantenía su espléndida serenidad en medio de todas las revueltas y de todas las inquietudes de la época. Dice un biógrafo de los dos poetas que en aquel tiempo Sevilla es igual que una ciudad encantada. En cada casa se presiente, que no se puede ver, una mujer bella; y en cada calle rien dos mil voces. De vez en cuando se conmueve Sevilla ante un ruidoso acontecimiento, o ante una curiosa historia y hay unos días «señalados» en que se desborda y se abre como una flor espléndida que, aún en la noche, tiene refulgir de oro. De esos «acontecimientos» nos relata uno Antonio Machado, cuando en la nostalgia de la lejanía, al remover dulces recuerdos hace decir a su castizo personaje Juan de Mairena:

«Otro acontecimiento también importante de mi vida es anterior a mi nacimiento. Y fué que unos delfines, equivocando su camino, y a favor de la marea, se habían adentrado por el Guadalquivir, llegando hasta Sevilla. De toda la ciudad acudió mucha gente, atraída por el insólito espectáculo, a la orilla del río; damitas y galanes, entre ellos los que fueron mis padres, que allí se vieron por vez primera. Fué una tarde de sol, que yo he creído, o he soñado, recordar alguna vez».

La huella del Romanticismo

Parecerá exagerado decir que Antonio Machado recogió una herencia andaluza importante y que ella se grabó en su alma con fuerza. No se ha buceado mucho acerca de esta influencia en su obra poética y creemos que su ángulo de visión nos sitúa en el camino de resolver muchas de las incógnitas que jalonan la línea difícil que enmarque la gran creación lírica y la formación estética

de este poeta. El Romanticismo llega a Sevilla y rápidamente se transforma en un producto de la tierra andaluza. Se produce ese fenómeno de siempre, en esa especie de magia y alquimia de convertir en «andaluz» lo que le traen. Y el Romanticismo viene a España y en otras regiones toma carta de naturaleza la influencia de Scott, Byron y Chateaubriand, pero en su prístina forma, con tanto respeto que se les traduce ampliamente y así se les difunde. En Sevilla, no. Sevilla tiene una fuerza poética que asimila la nueva corriente pero la ofrece con su originalidad andaluza en variantes que entroncan a las venas más profundas de nuestro ser nacional. Así podemos decir que Sevilla nacionaliza el Romanticismo. En la revista «El Cisne», los nombres gloriosos del duque de Rivas, Salas y Quiroga, Gertrudis Gómez de Avellaneda y otros escritores y poetas, componen unas páginas inolvidables de la creación andaluza. En el manifiesto de la nueva ola de románticos, aparecido en el primer número de la revista se lee lo que sigue:

«Este y no otro es el carácter de la poesía de nuestro siglo. Llámese o no «Romanticismo», su denominación poco importa. Sentimental y filosófica por necesidad, se insinúa en el corazón más bien que en los oídos. Por eso tanto nos sorprenden y entusiasman las sublimes creaciones de Víctor Hugo y Delavigne, los cantos religiosos de Lamartine y la voz aterradora de Dumas al desarrollar el cuadro de las grandes pasiones. Por eso repetimos con lágrimas el nombre del malhadado Byron. Y por eso también hemos tributado el homenaje de nuestra admiración y las alabanzas a los nuevos bardos españoles que han cantado en el silencio de la noche sobre las humeantes ruinas de su patria o sobre la tumba de los sabios. Sus nombres están ya grabados con carácter de fuego en el libro de la inmortalidad, y consiguieron ya una corona que no marchitan los siglos».

Antonio Machado recoge esta herencia y se nos manifiesta poseído de un turbador romanticismo maravillosamente disimulado. Y es andaluz y romántico aún cuando él afirme que «cinco años en la tierra de Soria orientaron mis ojos hacia lo esencial castellano». No hay más que pensar un poco en el curso de la historia, que nos enseña cómo todo lo castellano se desliza inevitablemente a Andalucía y de este modo Andalucía es una Castilla que sonríe. Hay un

andalucismo íntimo en el poeta —recitado, como dice Sainz de Robles—, patético, carne viva del anhelo, pozo hondísimo de la emoción, delicadísimo aroma de las soledades y eco conmovido de los silencios; un andalucismo cuyo valor es consonante con el neto de Castilla.

Lo popular sin concesiones

Pasemos a otra vertiente de la impronta andaluza. Es la de Manuel Machado. En él se manifiesta con mayor colorido lo popular; conste que ambos poetas se caracterizan en su obra por una sobriedad elegante y el sentido de lo popular. Pero en Manuel Machado adquiere una derivación más «de la calle» sin perder su tono y su elegancia. Ha dicho un crítico que «en Manuel Machado hay una conciencia de artista andaluz que conoce el valor de la filigrana; pero también una secreta indolencia ante las formas demasiado difíciles». Es un poeta más atado a la geografía nativa con esa gracia, con ese «aquél» que Dios concede a los hijos de la tierra de María Santísima. Tiene unos salados versos con los que pretende definirse y que dicen así:

*“Un destello de sol y una risa oportuna
amo más que las languideces de la luna.
Medio gitano y medio parisién —dice el vulgo—
con Montmartre y con la Macarena comulgo.
Y antes que un tal poeta, mi deseo primero
hubiese sido ser un buen banderillero...”*

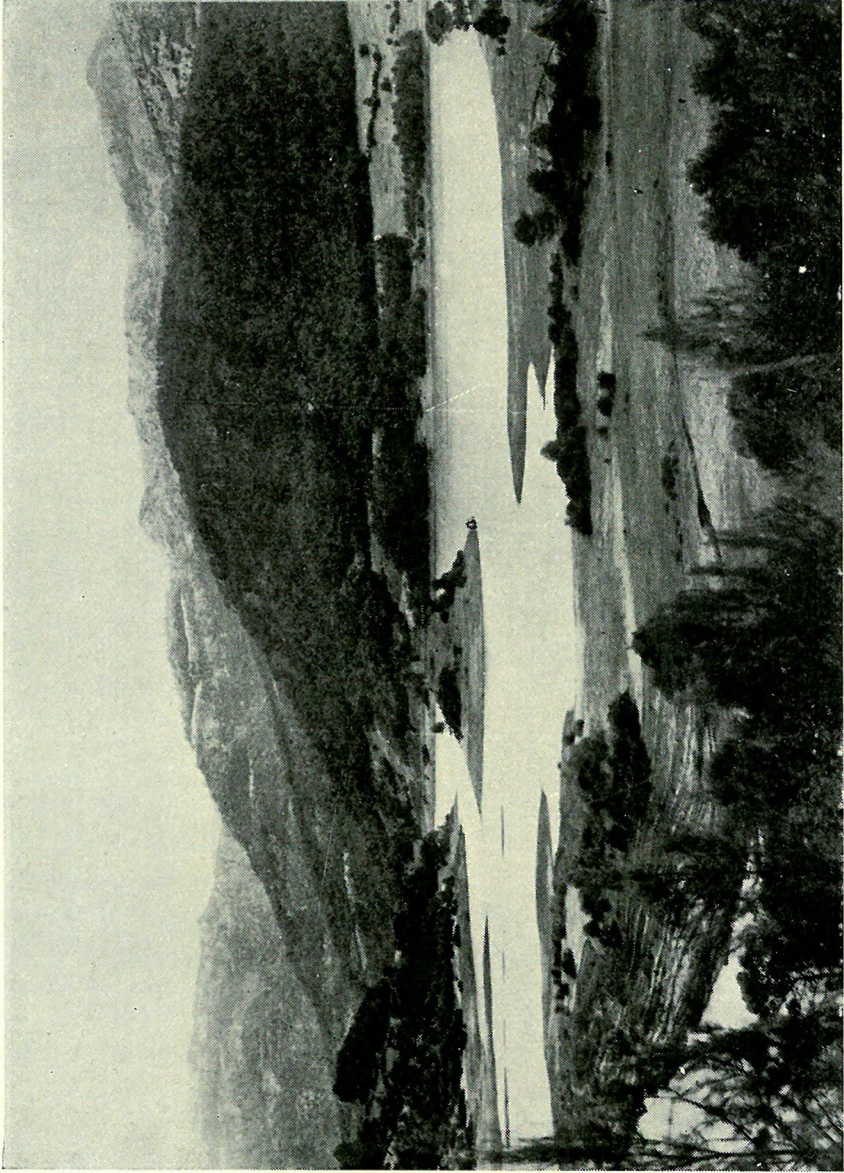
El propio carácter de Manuel Machado nos manifiesta que es un andaluz nato y neto. Nos cuenta un biógrafo que su carácter comunicativo y alegre no se constreñía a sus cuatro paredes, como si fuera un monje, ni es el personaje retraído y demasiado callado que dibuja su hermano Antonio en tierras de Baeza. Disfruta de conversar no importa con quién, de visitar un saloncillo de teatro, de beber una caña de manzanilla... Preponderan una imaginación más ágil y el garbo arrancado al alma de sus ciudades, Sevilla y Madrid en el que se mezcla una finura parisién asimilada en sus días de agradable bohemia. Dice Miguel Pérez Ferrero que es el tipo del español con sangre árabe, que posee la sensibilidad exqui-

sita y la voluntad dispuesta a entregarse por un destello de belleza. Nada le entusiasma demasiado, ni le enfada excesivamente. Señorito en el más depurado sentido de la palabra, está dispuesto a dejarse llevar blandamente siempre que no se lo ordenen, ni le causen incomodidad. Por su formación y por su estética es, en verdad, un poeta modernista. Pero siempre asoma su destello andaluz y no necesita de un hecho trascendente para su poesía, ni de un espectáculo sobrecogedor o deslumbrante. Ni siquiera de una dosis sobrecargada de melancolía, ni de gozo... De lo nimio, de lo vulgar, puede surgir su verso, como surge, a veces, de lo simplemente bonito y superficial. En ésto está su andalucismo.

Manuel Machado ha sabido encontrar esa ganga expresiva del pueblo andaluz que es la copla. El afirma que hay palabras para ser escritas y otras para ser cantadas, o para ser dichas con aire de cantar. Las unas deben ir de la pluma al libro; las otras del corazón a los labios, aunque atraviesen la pasarela que el libro brinda. No quiso él que se perdiese un tesoro popular y con su vena poética adornó de riquezas positivas la honda copla popular,

*"Cantares. Cantares de la patria mía...
Cantares son sólo los de Andalucía..."*

Y es que Manuel Machado conocía a fondo esa esencia de la tierra, esa flor maravillosa que ya su padre don Antonio Machado y Alvarez había estudiado y había sabido conservar para su depuración y para su posterior ensalce al puesto que debe de ocupar en el folklore español. Otro ilustre folklorista andaluz, don Francisco Rodríguez Marín afirmaba que «así como todo el pensar de un pueblo está condensado y cristalizado en sus refranes, todo su sentir se halla contenido en sus coplas. ¿Queréis saber de qué es capaz su corazón? Estudiad su Cancionero, termómetro que marca fielmente los grados de su calor afectivo... Baste decir que cantando aprende el hijo del pueblo a rezar y a leer, y cantando juega, y, cuando llega la sonriente primavera de la vida, y se abre la flor del alma, y el amor, tocándola con sus alas de mariposa, le hace sentir inefables estremecimientos, entonces rómpese el copiosísimo venero de la inspiración, y esperanzas, vacilaciones, ternezas, celos, pesares de la ausencia, burlas del desdén, acíbares del odio, todo



El Guadalquivir en la cabecera del pantano del Tranco

eso y mucho más brota a borbotones del manantial inagotable de la popular poesía».

Ahí está toda una teoría del cante popular andaluz en sus versos. Ya sean las soleares, o las malagueñas, los polos y cañas, las «seguiriyas» gitanas, las «soleariyas», las alegrías (y entre ellas las sevillanas), las «tonás» y livianas y los pregones, en todos ellos está la gracia andaluza. El poeta supo comprenderla y cantarla, sacando de la vida misma, de esa Sevilla que él llamaba cotidiana y corriente, la Sevilla de diario, —frente a la Sevilla mundial y lujosa de la Semana Santa y de la Feria, de las corridas de toros y de las fiestas flamencas—, una realidad colorista, pero humana y honda, de lo que es la tierra hermosa que bañan las aguas del Guadalquivir.

III

EL ALTO Y EL BAJO GUADALQUIVIR

La presencia de Antonio Machado en tierras de Jaén nos revela una faceta interesante en su creación poética. El, catedrático de Baeza, se ha asomado a un Guadalquivir magnificente y bellísimo, que trae todavía limpias las aguas de sus fuentes y de sus cascadas. A su paso por Baeza el río se desliza manso y suave en ondulaciones de amplias curvas. El poeta, sentado en la Cruz de Vaqueta, asomado a esa altura maravillosa que es el paseo de la Muralla, dejaba volar su fantasía dolorida y encontraba en ello un secreto gozo. Se dulcificaba la imagen de su concreto amor, la esposa tempranamente perdida, y nuevas ideas, nuevas formas, venían a su mente, fecundando por el dolor un nuevo alumbramiento. ¡Cruz de Vaqueta! ¡Quién pudiera desvelar ese mudo secreto que has guardado para los siglos! Allá, sentado el poeta con su bastón moviendo la tierra del paseo y haciendo caprichosos dibujos en los que el nombre de su amada alguna vez era trenzado. Allí se ha forjado una nueva poesía, la que estaba dentro del andaluz soterrado que ahora vibra al contacto con el sol, con la tierra jugosa, con la brisa sutil de las atardecidas primaverales cargada de aromas de las sierras que festonean con sus altas cresterías el inmenso paisaje. Por allí serpentean los «camino blancos», los «olivos grises», los «altos lla-

nos». Allí había de cantar con su entusiasmo y su gozo estético con aquellos versos:

*Desde mi ventana
¡campo de Baeza
a la luna clara!
¡Montes de Cazorla
Aznaitín y Mágina!
¿De luna y de piedra
también los cachorros
de Sierra Morena?*

Alguna vez se acordará de aquellas horas serenas, de aquel balsámico ambiente que con su equilibrio tanto bien hizo a su corazón y a su alma:

*¡Campo de Baeza,
soñaré contigo
cuando no te vea!*

Y entonces es cuando crea un personaje andaluz: Juan de Mairena. Es caballero en su jaca y sintetiza el nuevo aspecto de su poesía. Cabalga junto al Guadalquivir, por los campos de Baeza y de Ubeda y canta con su guitarra al brazo, y sube por Torreperogil a Cazorla y Quesada, siguiendo el curso del río. Antonio Machado gusta del color y del sabor de Andalucía. Este despertar lo ha conseguido el alto Guadalquivir: con él llega la gracia de Andalucía la alta, tan múltiple en el pedazo de suelo y cielo como dice un escritor y se le aparece, a un tiempo, grácil y severa, tierna y áspera, despreocupada y pensativa. Mairena va por el campo, un poco filósofo y un poco escritor, pero enamorado de las esencias de una tierra que intuía pero no había encontrado hasta que le deslumbró no la luz cegadora de los centelleos un poco oropélicos del bajo Guadalquivir, sino la altiva serenidad de las tierras altas, con su entendimiento clásico y un soterrado romanticismo. Allí encaja el alma del poeta y se esponja su corazón. Y junto a los temas paisajistas, tan de su personaje, Mairena habla de las mocitas en flor, de la reja, y tras ella «rosas de grana». Y en el balcón una dama, «su dama y su blanca flor». Y la calle solitaria en la calina veraniega en la que espera la amada el paso de su dueño...

Vamos de la mano de Antonio Machado a ver el Alto Guadalquivir. Y a verlo con ojos de poeta, adentrándonos valle adelante junto a la Loma de Ubeda; dejamos a un lado la ciudad hermana de Baeza, con sus torres numerosas que simbolizan la erecta gracia de su monumentalidad renacentista. La visión y el pensamiento del poeta oscilan entre el paisaje del valle ameno y la rotunda armonía de la ciudad. Y lo dice con su verso. El Guadalquivir lo ve así:

*El río va corriendo,
entre sombrías huertas
y grises olivares
por los alegres campos de Baeza.
Tienen las vides pámpanos dorados
sobre las rojas cepas.
Guadalquivir, como un alfange roto
y disperso, reluce y espejea.*

.....

*Los caminitos blancos
se cruzan y se alejan,
buscando los dispersos caseríos
del valle y de la sierra.*

Y en el camino establece la comparación de dos ciudades:

*Entre Ubeda y Baeza
loma de las dos hermanas:
Baeza, pobre y señora.
Ubeda, reina y gitana.*

O recuerda la vieja encina, solitaria compañera de sus descansos en el paseo diario de las tardes de invierno y primavera:

*Y la encina negra
a medio camino
de Ubeda a Baeza.*

De las frescas vegas de Baeza y Ubeda tiene el poeta también vivas imágenes al extender la mirada a la ribera opuesta del río, en la que emergen pueblecitos deliciosos. De dos de ellos habla así:

*En Garcéz
hay más sed que agua;
en Jimena, más agua que sed.*

Y las montañas, que tanto le enamoran, están descritas también así:

*Sol en los montes de Baza.
Mágina y su nube negra.
En el Aznaitín afila
su cuchillo la tormenta.*

Por los campos de Torreperogil, se ensancha el horizonte y a las vegas rozagantes sustituye un paisaje de campos de olivar inmensos y tierras de pan llevar. La villa es también dominante sobre la ribera. Y el poeta lo canta así:

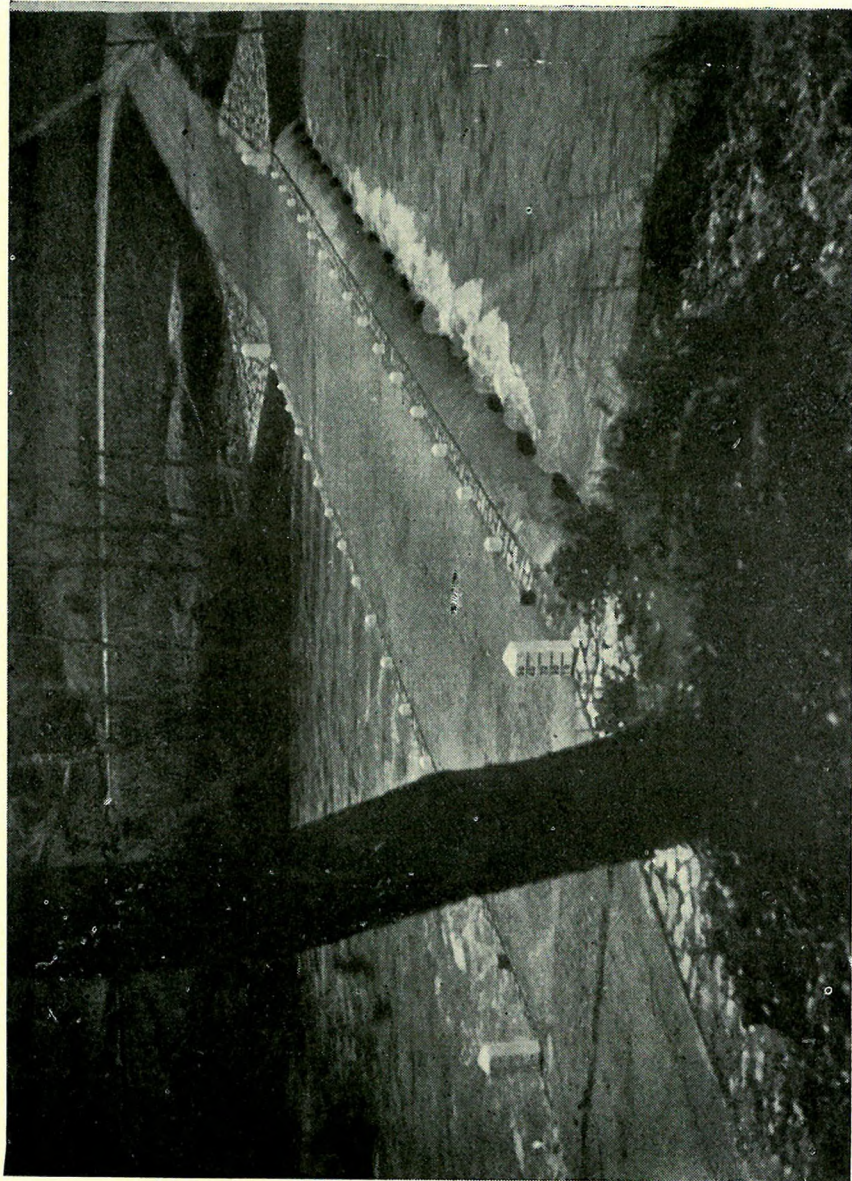
*¡Torreperogil!
¡Quién fuera una torre, torre del campo
del Guadalquivir!*

Por cierto que hemos encontrado una variante de este verso y hemos tenido ocasión de comprobar el manuscrito del autor, en el libro de Concha Espina «De Antonio Machado a su grande y secreto amor». Dice así:

*¡Torredonjimeno!
¡Torreperogil!
Quién se quedara hecho torre
cerca del Guadalquivir.*

Todos estos versos los agrupó el poeta bajo el enunciado de «Apuntes para una Geografía emotiva de España». Es que la España cálida y auténtica la estaba recorriendo Machado y la estaba descubriendo. Este viaje hacia las fuentes del Guadalquivir tiene en él resonancias especiales que elevan su inspiración si cabe. «Nadie ha cantado con más belleza el paisaje español y pocos han sabido calar con tanta delicadeza en el fondo del alma nacional», dice el profesor Juan de Mata Carriazo, quien añade: «su verso, lleno de virilidad y de ternura, saturado de esencias tradicionales, donde el espíritu señorea soberanamente toda limitación formal, será ya para siempre una de las claves esenciales para la comprensión de España».

Campos abiertos de Peal. Tierras olivareras y pródigas descritas por el poeta con vigor:



Puente flotante de la primera carretera forestal que atraviesa el Guadalquivir a pocos kilómetros de su nacimiento

*Seguimos. Olivares. Los olivos
están en flor. El carricoche lento
al paso de los pencos matalones,
camina hacia Peal. Campos ubérrimos.*

En Peal está el reencuentro de Machado con un discípulo poeta. El catedrático despertó la vocación al alumno. Y Rafael Láinez Alcalá, que es éste, hace pareja con el verso a la descriptiva luminosa del Alto Guadalquivir. El ha conocido bien al maestro. Maestro de poetas le llama. Allá por el año 14, dice en la venerable revista «Don Lope de Sosa»: «Entre todos los recuerdos de Baeza descuella el que conservo de mi maestro, del poeta filósofo que

supo cuanto es la vida hecha de sed y dolor.

Todos los días lo saludaba cuando venía de explicar a sus alumnos la diaria lección. Le saludaba reverente, pues me infundía grandísimo respeto la presencia del superhombre, cantor espiritual de «las galerías sin fondo» que en el alma existen. En su rostro, pulcramente rasurado, adivinaba el gesto melancólico y añorante de los sueños de amor que le embriagaron con mieles de cantares misteriosos, entretejidos por su maga pluma, como deben tejer las hilanderas del ensueño sus telas maravillosas... En Baeza —nido real de gavilanes— esa muerta ciudad señorial y romántica que vive de sus gloriosos recuerdos, discurre silenciosa, trabajadora y humilde la vida del poeta-filósofo. En mis pocos años no se me alcanza con todo su esplendor la grandeza de este hombre modesto, a quien de veras admiro; sin embargo, comprendo el valor de sus palabras que escuché religiosamente, como si oyera hablar al más autorizado y sublime de los hombres».

Sigamos en la ruta. Ya el río no tiene el curso suave y plácido de las tierras antes mencionadas. Ya vamos a recorrer caminos ásperos. Dejamos allá, como vigías fortificadas, las históricas Cinco Villas y nos internamos en la sierra. Casi en el gran recodo del río, en el sitio llamado Rompecalzas un alcor está unguido de poesía y de gracia. Allí moró otro de los grandes poetas de la lengua castellana, que además era santo. Amigo de la soledad, como nuestro Machado, amigo de la Naturaleza y hacedor de versos frente al horizonte ri-

sueño de los valles «nemorosos» y junto al río «sonoroso». Hermanado en una inspiración robusta, con versos que parecen del mismo corte como éste:

*En soledad vivía
y en soledad ha puesto su nido
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.*

En El Calvario, Juan de la Cruz capta el ambiente andaluz quizás por esa gracia del paisaje y ese «aquél» de las gentes que trata. Y sin perder su italianizante elegancia, impregna aquí de sentido y vena populares su obra. En este santo se da el fenómeno de la absorción andaluza. El está atento a toda manifestación externa de sinceridad expresiva y capta voces, pensamientos, refranes, cantares, que incorpora a su formidable estro.

Desde este Calvario, hoy abandonado y derruido, vemos el gran recodo del río. Nos viene a la memoria un verso de Manuel Machado, que parecía haber visto este lugar y que nos dice:

*Guadalquivir cristalino,
el de floridas riberas,
eres la banda de plata
que Dios puso a mi tierra.*

Y ya nos adentramos en la Sierra de Cazorla. Espectáculo sugerente es el atravesar con el río todo este inmenso paraje forestal, que lo flanquea con alturas verdaderamente imponentes, con hoces y desfiladeros asombrosos y con remansos y vados de un encanto singular. Antonio Machado hizo este recorrido ensimismado, cuentan los biógrafos, y gustando con avidez de todas las bellezas del paisaje. «La más ansiosa codicia de la lejanía se satisface aquí completamente» dijo un escritor y lo rubricó Machado en sus elogios personales a este inmenso jardín, o selva, o parque natural, que llena el alma de serenas armonías. Cauce arriba, entre regatos y saltos de agua, se dejan las estribaciones de la sierra cazorleña y se avista el Cerro de las Cabañas, uno de los más altos de los contornos. Y, a su pie, en un humilde regazo de la «Cañada de las Fuentes», están las primicias del gran río, allí tierno y débil arroyuelo. El poe-

ta lo vió y lo cantó con ese vigor descriptivo, tan desnudo y tan sutil:

*¡Oh Guadalquivir!
Te ví en Cazorla nacer;
hoy en Sanlúcar, morir.
Un borbollón de agua clara,
debajo de un pino verde,
eras tú, ¡qué bien sonabas!*

Cuentan los biógrafos la impresión que recibió Machado en aquellas alturas, rematada la ascensión en un amanecer de tormenta. El, que había subido a los picos de Urbión en la Soria amada, aquí encontró un goce estético de gran intensidad que reconfortó su alma y dió vuelos a su inspiración. La visión fascinante de la altura, el espectáculo de la bravía naturaleza de las sierras de Pozo Alcón, Segura y Huéscar; las planicies que contrastan con el afilado punzón rocoso; las hoyas de Guadix y Baza; los tremendos desfiladeros entre los que se vé o se atisba el paso del Guadalentín y el Guadiana Menor; los valles agrestes y las pinadas oscuras, para dejar una abertura deliciosa en la que se aprecian los escalonados vergeles de Belerda y Quesada, protegidos por las torres de vigía que sobre la ermita blanca de Tíscar parecen ser puntos de referencia de trances de historia de antes y de siempre. Y al fondo, la blancura de las nieves de Sierra Nevada, como hurí alhajada de blancos velos...

No es de extrañar que ante este espectáculo veamos a un Machado optimista —en la medida en que pudiera romper su equilibrio interior— y, sobre todo, rítmico. Díganlo, si no, estos versos:

*Sobre la picota
donde nace el río,
sobre el lago de turquesa
y los barrancos de verdes pinos;
sobre veinte aldeas,
sobre cien caminos...
señora águila,
¿dónde vais a todo vuelo tan de mañana?*

Y aquel recuerdo tan cariñoso a la Virgen de la Sierra, a la Virgen de Tíscar, que dice:

*Y allí donde nadie sube
hay una virgen risueña
con un río azul en brazos.
Es la Virgen de la Sierra.*

Desandemos el camino. Vamos a bajar por el cauce del río hacia las llanuras. Ya abandonamos la provincia de Jaén tan amada del poeta Antonio. Es en el año 1917 y realiza una excursión turbadora. Hay unas constantes en la Andalucía alta y otras en la Andalucía baja y un punto de unión sutil: Córdoba. La visión fascinante de la ciudad junto al río con sus viejas torres de fábrica romana y su mezquita árabe también asomada a las aguas béticas, le sugiere este verso:

*¡La del Romancero,
Córdoba la llana!
Guadalquivir hace vega,
el campo relincha y brama.*

En su excursión llega hasta la desembocadura del río. Y en aire de romance ha de cantarlo así:

*Como yo, cerca del mar,
río de barro salobre,
¿sueñas con tu manantial?*

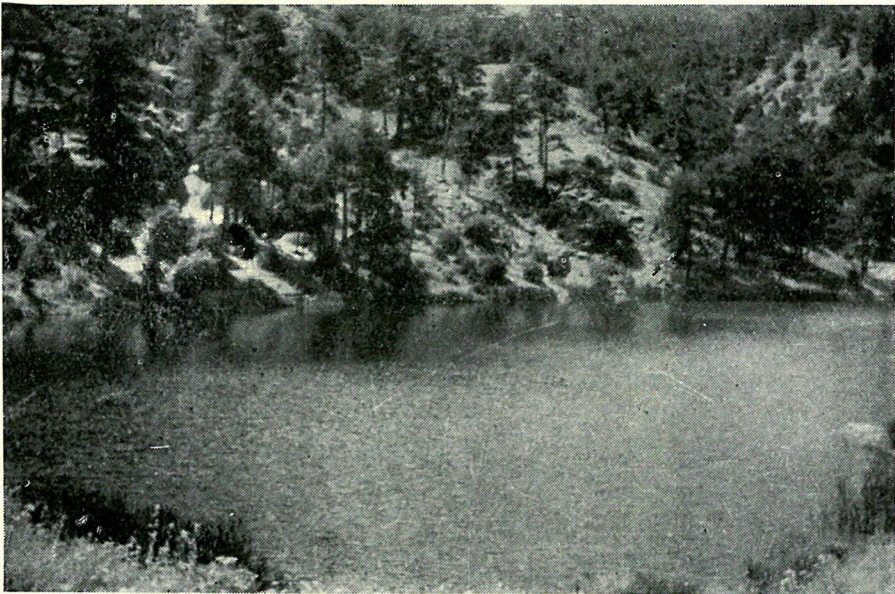
Y con acento becqueriano, en «Los sueños dialogados» ha de afirmar su nostalgia, en unos ambientes que él ya no conoce, contrastando paisajes, quizás en la misma Sevilla donde hasta se le negó la entrada a la casa donde naciera:

*De aquel trozo de España, alto y roquero,
las sombras de los muertos encinares,
hoy traigo a tí, Guadalquivir florido,
una mata de áspero romero.*

El acento descriptivo, que luego como veremos perfilará en las obras teatrales escritas en colaboración con su hermano Manuel, se



Placa que se ha colocado recientemente en el mismo lugar del nacimiento del Guadalquivir, con el soneto dedicado al río por los Hermanos Alvarez Quintero.



El Guadalquivir se remensa así en las primicias de su carne, en la Sierra de Cazorla.

manifiesta en este fragmento de sus composiciones «A la manera de Juan de Mairena:

*Lejos, por los espartales,
más allá de los olivos,
hacia las adelfas
y los tarayes del río,
con esta luna de la madrugada,
¡amazona gentil del campo frío!...*

Parejo al sentimiento de Antonio va Manuel, que al contemplar el curso del río parece contener su vena lírica tan expansiva y tan riente, como si una sombra nebulosa con un dejo de tristeza nublara su frescura de inspiración. Dígalo la copla suya que canta así:

*A la orillita del río
me pongo a considerar:
mis penas son como el agua,
que no acaba de pasar.*

En la «Velada sevillana» hace una evocación preciosa de la noche en el río:

*Suspiró de amores
el río en su lecho
profundo. Los cables
del barco gimieron
compasadamente.
En brazos del viento,
de los naranjales
y los limoneros
invadió el aroma
palacios y huertos.
La luna a la reja
llegó muy de quedo.
Sevilla y la noche
se dieron un beso.*

Con mayor garbo, pero sin perder la compostura literaria, si-

gue el verso de Manuel Machado al canto en torno al Guadalquivir. Ahora en «Julio» nos dice este verso:

*La Velada de Santa Ana
llena de música el río.
Con los ojos de Rocío
se ilumina la ventana.*

Y en las «Estampas sevillanas», deja esta canción reveladora de un tipismo y de una gracia muy suyos:

*Que tú eres de Sevilla
y yo soy de Triana,
nena...
Y por en medio del río,
nuestro cariño canta.*

IV

EL GUADALQUIVIR EN EL TEATRO DE LOS MACHADO

En la vida de los Machado suena una hora rotunda. Ambos están en plena fecundidad literaria. Ambos han conocido paisajes españoles y han ejercitado ampliamente sus dotes de observación; tienen el corazón henchido de gozo del paisaje y la mente limpia para ahondar en la pura creación —que aquí es recreación— literaria. La ejemplar unidad de ambos, en el afecto profundo y en la vocación poética, les apareja con otros dos hermanos que ya empiezan a bullir en los corrillos y en las tertulias, los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero.

—¿Y si nos pusiéramos...? Este es el anhelo de Manuel, que como crítico experimentado conoce a fondo los problemas del teatro español de su tiempo y la languidez en que se manifiesta. Vence el propósito de Antonio, de no escribir más poesía, y ambos se lanzan a esta nueva aventura que había de perfilar aún más el castizo valor de Andalucía y había de aportar muchos y valiosos elementos para su conocimiento. Son los tiempos que hemos venido en llamar los «años veinte» y en ellos fulguran en las carteleras de los teatros de Madrid títulos andaluces: Ahí están «Don Juan de

Mañana» y después «Las adelfas» y más tarde, con un éxito rutilante «La Lola se va a los puertos». Siguen después «La prima Fernanda» y «La duquesa de Benamejí». Todas ellas tienen como escenario los campos andaluces y todas ellas giran en torno a las riberas del Guadalquivir. Parece como si el río fuese eje diamantino de su prodigiosa máquina literaria. En sus obras teatrales se vuelve a vivir en el tejido de sueños y en la teoría de realidades de los versos de ambos hermanos. Ellos escriben con conocimiento y con verdad; con fantasía de buena ley y con observación aguda. Y como se dice en un juicio muy acertado en la introducción de algunas de sus obras, este teatro de los Machado rezuma la quintaesencia de lo andaluz popular y aristocrático.

Las figuras de su teatro arrancan de puntos de contacto reales para sutilizarse luego en fantasías líricas conducidas por el nexo dramático de una acción leve en la que luce mucho el juego de la palabra, a veces filigrana como la de una reja sevillana.

En «Juan de Mañana» los versos junto al río nos lo dice todo. Hélos aquí:

*Viendo esta mañana el río
entre tarayes y adelfos
corre hacia el mar, cruzando
dehesas y cazaderos,
por estos campos de lujo,
ancho, inútil y sereno,
pensé en mi vida. Hacia el mar
mis horas ociosas llevo
de señorito andaluz
rico, galán y torero,
alegre porque lo dicen,
cazador que tira al vuelo
o al paso, no mal jinete,
buen bebedor y maestro
en el arte de pasar
la vida y matar el tiempo,
mimado de la fortuna
como estos campos me hicieron.*

Vuelve el río a ser objeto del verso en esta obra y ahora por boca de un personaje, Esteban, se dice así:

.....

*Fuímos al río. Tu yate
ya no estaba allí. Las señas
eran claras. Y a Sanlúcar
—ya más de las doce eran—*

.....

Otro personaje, Beatriz, con voz angustiosa dice en otro verso:

*Con ella por el sombrío
campo te ví cabalgar
hasta la orilla del río.
Quise y no pude gritar.*

.....

En «La Lola se va a los puertos» hay una gracia paisajista en tonos que ayuntan con el colorido de las descripciones y la fuerza andaluza de los personajes. Ha dicho un escritor que es la Andalucía del canto hondo, con un localismo que, en lugar de limitar su vuelo, la universaliza, pero sin hallarse en ningún momento sobrecargada de pintoresquismo, ni de esos tintes de «españolada», que facilitan la exportación o, cuando menos, una circulación más amplia. Sigue el comentarista diciendo que es esta obra la exaltación de la Andalucía que canta y que llora, que pena de amor y que goza con su propia belleza. La dignidad, la melancolía, el refinamiento, la filosofía..., lo popular y lo quintaesenciado, forman, como en sus autores la amalgama de su colaboración, las esencias de esta obra, que es en el teatro de los dos poetas una variante y una desviación del punto de partida, y una muestra impar de su talento.

El río no puede faltar como elemento de referencia y testigo de los actos de sus personajes. He aquí en boca de la protagonista femenina como lo ensalza:

*Y brotan
en el pecho de la gente
cuando ríe o cuando llora.
El caso es saber sentir;*

*lo demás tiene muy poca
importancia. ¿Usted no ha visto,
en la Sierra de Cazorla,
nacer el Guadalquivir
entre piedras, gota a gota?
Pues así nace un cantar,
como el río y baja a Córdoba
y a Sevilla hasta perderse
en la mar tan grande y honda.*

También el río es fuente de inspiración. Heredia, el simpático personaje, lo dice en el verso:

.....

*Don Pepito, oígame usted:
está la noche serena.
Dése usted una vueltecita
del Betis por la ribera;
y ya que hizo usted una copla
regular, haga una buena.*

Y finalizamos nuestro estudio con la referencia a otra comedia machadiana, la titulada «Las adelfas». Es la más vinculada al río. En esta comedia, considerada por los críticos como la más lograda de los hermanos Machado, hay una finura de concepto y de expresión que en realidad nos ofrece la más acabada estampa de la Andalucía verdadera. La bella flor de la adelfa, risueña pero maléfica, proyecta sobre los personajes una melancolía, un como maleficio que les hace reaccionar con esa filosofía andaluza tan noble y tan entera ante la desgracia. En la descriptiva hay motivos de mucho sabor campero y de conocimiento del paisaje ribereño del Guadalquivir. He aquí el párrafo de situación del acto tercero:

«El horizonte de esta decoración debe estar muchísimo más alto de lo que acostumbran a ponerlo los pintores escenógrafos. Por encima de los macizos de adelfas ya citados se debe ver una gran extensión de campo —toda ella pintada en la decoración del fondo— con el adelfar, que se pierde a lo lejos, acompañando siempre la cinta de plata del río, y diseminados aquí y allá pueblecillos de la campiña de Córdoba. A la derecha del espectador, y ocupando

próximamente el tercio de la decoración del fondo, se verá la casa —no de frente—, con grandes ventanas, que en el momento de llegar la noche deben iluminarse. El cielo en ese momento debe tener un color azul oscuro muy intenso y en él brillan las estrellas. Es una noche de pleno verano. Como es precisamente la noche de San Juan, se deben ver las tradicionales hogueras, diseminadas por el campo. Finalmente, sobre el macizo de la izquierda se verá un trozo de laguna, misterioso y sombrío. En el fondo de esta glorieta, y hacia la izquierda, se pondrá un banco».

En la poesía se define por la boca de D. Agustín lo que es esta planta:

*En el plano
está indicada la parte
que todo el río a lo largo
cubren las adelfas, los
adelfos, como llamamos
también en la tierra a estos
arbustos bellos y malos.*

Y la nota deliciosa de una descriptiva vibrante:

.....

*Vea usted: verdecito el llano
porque es prado; azul el río;
amarillos los trigales;
bermejós los naranjales,
y cándido el caserío.*

En esta senda luminosa, colorista, trágica a veces, pero con una tragedia desleída en la gracia y el señorío de Andalucía, está una obra genial, plena de cadencias, de acentos, de rumores, que a la vera del río Guadalquivir discurre con el mismo compás del agua mansa y clara que susurra motivos de armonía, como una musa de suave aleteo.